

MI MARÍA

SOBREVIVIENDO EL HURACÁN

Voces de Puerto Rico

Editado por Ricia Anne Chansky y Marci Denesiuk



Haymarket Books
Chicago, Illinois

INTRODUCCIÓN

Contando Historias luego del Huracán

La primera entrevista para este libro se llevó a cabo en la primavera del 2018, apenas 7 meses después de que el huracán María destruyó a Puerto Rico. Zaira Arvelo Alicea y yo nos reunimos en el patio de un restaurante adyacente a la plaza de Rincón, un pueblo ubicado en la costa oeste de la Isla Grande. Ella había estado viviendo en un Airbnb desde que el huracán destruyó su hogar en Aguadilla, un pueblo cercano, y recibía con ansias cualquier excusa para escaparse por un ratito y sentarse debajo del sol. Estábamos preocupadas por el ruido en la plaza mientras los camiones de carga pasaban, las personas caminaban cerca de nuestra mesa hablando a viva voz sobre el huracán y el eco de la maquinaria y herramientas siendo utilizadas para reconstruir hogares y negocios aledaños. Eventualmente, ambas coincidimos en que había habido tanto silencio después de María y decidimos dejar que la grabación capturara los sonidos de toda la actividad a nuestro alrededor. El bullicio nos recordaba de un hecho, tanto nosotras—como nuestras comunidades—aún estamos vivas.

A pesar de ser nuestra primera reunión, ese día hablamos por horas largas mientras comíamos hamburguesas grandes con montañas de papas fritas como si todo estuviese normal encontrando inclusive razones tontas para reírnos juntas. Mientras se desarrollaba nuestra conversación creo que también nos sentíamos agradecidas de que teníamos el marco de una entrevista

como estructura. Nos daba permiso para hablar, para soltar un poco de todo aquello que guardábamos, aun cuando para Zaira era difícil hablar sobre lo que le había sucedido y paramí era difícil escuchar su historia.

Zaira y su esposo, Juan Carlos, habían sobrevivido unas 16 horas del huracán utilizando un mattress inflable como flotador. Eventualmente fueron rescatados y llevados a una pequeña residencia donde se quedaron con un grupo de personas desconocidas por dos noches antes de caminar millas desde lo que fue su hogar en Aguadilla hasta la residencia de un familiar en Aguada. Mientras Zaira narraba su camino lento hacia estos familiares, se detuvo para describir los carros que habían quedado atrapados en la marejada ciclónica y que aún se encontraban de capota al costado de la autopista y preguntó pensando en voz alta: “¿Cómo describir el olor de cuerpos humanos en descomposición?” Nuestra conversación terminó ahí. Apagué la grabadora y agarré la mano de Zaira al otro lado de la mesa. Mientras nos apoyábamos una de la otra en esa tarde calurosa, comenzó a llover a nuestro alrededor y nos quedamos allí cobijadas debajo de la sombrilla del restaurante.

La narrativa de Zaira abre esta colección y su posicionamiento es pertinente por muchas razones entre las cuales, y tal vez de más importancia, es cómo su entrevista impactó la naturaleza del proyecto cuando éste aún se encontraba en sus etapas tempranas. Al fin y al cabo, decidimos no incluir los detalles del viaje de Zaira por la autopista PR-2 en honor a los fenecidos cuyas identidades desconocemos y en respeto al luto que deben sentir sus familias sabiendo que sus seres queridos permanecieron abandonados al costado de la carretera por días después del huracán. El huracán María fue—y es—una fuente de trauma para todos aquellos que han sobrevivido no sólo la tormenta feroz que por más de 30 horas arremetió al archipiélago, sino también los meses largos y ya años de asistencia inadecuada por parte de sistemas gubernamentales que existen precisamente para ayudar durante emergencias.

El respeto profundo por nuestros narradores y sus experiencias nos han llevado a referirnos a estos sobrevivientes no como víctimas sino como héroes. Este libro está compuesto de historias de personas que enfrentan la tragedia y la pérdida con fortaleza y esperanza. Mientras Zaira y Juan Carlos lucharon para identificar recursos para ellos, simultáneamente regresaron a su comunidad inundada para ayudar a otros a preparar documentación de FEMA y a conectar con representantes del gobierno. Aun cuando procesaban la pérdida de todas sus posesiones, tornaron sus esfuerzos para ayudar a otros. Esta es la filosofía que impulsó las etapas nacientes de nuestro proyecto, uno que pretende destacar la injusticia que representa la deficiente respuesta gubernamental a la emergencia mientras que resalta la fortaleza de los individuos que sobrevivieron al huracán María y sus consecuencias en Puerto Rico.

Aunque la entrevista de Zaira fue la primera entrevista formal para este libro, las semillas para este proyecto fueron sembradas meses antes en los salones de la Universidad de Puerto Rico en Mayagüez y en particular en el Departamento de Inglés donde enseñan los editores de este volumen. El huracán María tocó tierra en el archipiélago puertorriqueño el 20 de septiembre de 2017 y no dejó ni una porción de Puerto Rico ilesa.¹ El huracán causó inundaciones y deslizamientos de terreno, derrumbó carreteras, destruyó decenas de miles de hogares, granjas y negocios, causó el apagón más grande en la historia de los Estados Unidos (el segundo más grande en el mundo), tumbó las telecomunicaciones, causó escasez amplia de comida, agua potable y gasolina y eventualmente fue responsable de miles de muertes. Cuando se retomaron las clases en la universidad, apenas un mes después, regresamos al campus sabiendo que éramos uno de los pocos lugares en la costa oeste de Puerto Rico que contaba con electricidad bastante estable y

1. Puerto Rico es un archipiélago que incluye a la isla principal (también conocida como la Isla Grande), los municipios ubicados en otras dos islas (Vieques y Culebra) y numerosos cayos e islas sin habitantes.

con agua potable. La universidad se convirtió en un oasis para nuestros estudiantes y nuestra comunidad, y casi de inmediato entendimos que una gran cantidad del estudiantado que había comenzado su semestre se encontraba en situaciones precarias debido a todo lo que habían perdido en el huracán.

Nuestros administradores le pidieron al facultativo indagar sobre las posesiones materiales del estudiantado luego del huracán para así poder dirigirlos hacia los servicios de asistencia disponible, y nosotros trabajamos con ligereza para transformar nuestros salones y así alivianar las necesidades de nuestros estudiantes. Por mi parte, yo añadí una asignación autobiográfica de carácter voluntario al cuestionario oficial de la institución. Con ello, mi intención era proveer un espacio para que ellos pudieran expresar sus memorias y aliviar el peso de esa transición hacia el trabajo usual que representa el salón de clases. Cada estudiante abarrotó páginas de sus libretas con cuentos escritos a puño sobre el huracán y sus efectos, y mientras leía sus palabras a la luz de las velas—ya que pasarían meses antes de que la electricidad fuera restablecida en nuestros hogares—crecía el deseo de comenzar un proyecto que sirviera para amplificar las historias sobre el huracán con la esperanza de lograr alivio inmediato y a la misma vez generar cambios a largo plazo.²

Los estudiantes escribieron sobre puertas y ventanas estallando mientras ellos observaban con impotencia cómo el viento y la lluvia destrozaban sus posesiones materiales. Un estudiante, Gabriel, escribió sobre cómo él y su abuela se aferraron uno al otro por horas—llorando y meciéndose para atrás y para adelante—mientras el huracán arrancaba su techo y sus pertenencias giraban a su alrededor en un torbellino. Había historias sobre ríos saliendo de su cauce y de marejada ciclónica de agua salada adentrando 3, 9 y hasta 11 pies de agua y lodo dentro de

2. La UPRM no cuenta con hospedajes. Sus estudiantes normalmente comparten apartamentos pequeños en Mayagüez durante la semana y regresan a sus hogares los fines de semana. Antes de la llegada del huracán María, el campus cerró y la mayoría de los estudiantes regresaron con sus familias. Muchos de los apartamentos en Mayagüez no recibieron energía eléctrica al mismo tiempo que la universidad.

residencias. Otros escribieron sobre cultivos arruinados y animales ahogados, negocios destruidos, supermercados vacíos, la búsqueda de agua potable, pueblos que parecían montajes de películas pos apocalípticas “luego de que explota una bomba.” Las palabras “gritando” y “llorando” se repetían una y otra vez.

Eventualmente leí la autobiografía de Alejandra donde ella describe estar sentada en su balcón observando con impotencia mientras sus vecinos enterraban a los miembros de su familia en el patio trasero de su hogar. “Lo más triste,” escribió “fue ver a nuestros vecinos cavando tumbas en su patio porque sus familiares habían fallecido por la falta de atención médica en Aguadilla porque el único hospital del pueblo estaba cerrado” y ellos seguían sin luz. Sus vecinos no habían podido recibir atención médica rutinaria y pagaron con su vida. Su narrativa, y esta minúscula hojeada a lo que Alejandra cargaba consigo cada día, me llevó a querer hacer más para aliviar esta carga. Ese fue el momento en el que me comprometí con un proyecto que recopilaría historias de supervivencia del huracán María en Puerto Rico. Uno que documentaría voces de individuos como parte de una narrativa polifónica sobre desastres con la intención de lograr cambios reales para nosotrxs y para aquellos que al igual que nosotrxs han sobrevivido los desastres que crea la naturaleza y los desastres que induce el ser humano.

En agosto del 2018, a menos de un año de que el huracán tocará tierra, logramos ese objetivo con la creación del proyecto *Mi María* en colaboración con *Voice of Witness*.³ Dos colegas quienes también habían desarrollado proyectos ejemplares sobre las consecuencias del huracán en sus salones de clase y quiénes son colaboradoras y amigas desde hace mucho tiempo, Marci Denesiuk y Jocelyn Géliga Vargas, también se insertaron al proyecto. Jocelyn y yo ofrecimos cuatro cursos donde capacitamos aproximadamente a unos 100 estudiantes, de bachi-

3. La narrativa de Zaira fue recopilada en la fase piloto de nuestra colaboración con *Voice of Witness* durante la primavera y el verano del 2018. La fase oficial de desarrollo comenzó durante nuestro retorno al campus para el semestre de otoño en agosto del 2018.

lterato provenientes de distintas disciplinas y especializaciones, sobre métodos éticos de recopilación de data, transcripción, traducción y las fases iniciales para editar historias orales.⁴ Cada uno de estos estudiantes es un sobreviviente del huracán María—con historias que contar—y fueron a sus hogares y comunidades para recopilar historias nunca antes escuchadas sobre el huracán y sus consecuencias. Muchas de las narrativas en este volumen comenzaron como historias orales grabadas, transcritas y traducidas por nuestros estudiantes.

Al mismo tiempo, Marci y yo también estábamos haciendo trabajo de campo, recopilando entrevistas adicionales en un Puerto Rico marcado por el huracán y desfigurado por los escasos esfuerzos de asistencia. Nuestro trabajo nos llevó a una granja en los picos de la Cordillera Central de la zona montañosa de Adjuntas, a un taller artístico de comunidad en el vecindario marginado de La Perla en San Juan, a una clínica de salud siendo reconstruida en la isla de Culebra al extremo este de la costa de la Isla Grande. Hemos editado estas grabaciones inéditas para convertirlas en narrativas legibles; ha sido una labor ardua y, en ocasiones, desalentadora. Sin embargo, siempre nos hemos mantenido enfocadas en el hecho de que este proyecto está arraigado en el trabajo de nuestros estudiantes y en las comunidades a las que pertenecemos.

Las historias recogidas en este volumen dilucidan algunos de los obstáculos para sobrevivir el huracán María en Puerto Rico. Durante el huracán, Emmanuel Rodríguez intenta desesperadamente llevar al hospital a su esposa embarazada sólo para ser obligado a regresar a su hogar cuando la carretera frente a su carro colapsa en un deslizamiento de terreno. Carlos Bonilla Rodríguez observa desde la casa de un vecino cuando el huracán arranca el techo de su casa y lo levanta en el aire junto con todas sus posesiones. Nilda Rodríguez Collazo narra que su adrenalina “se puso a un millón” cuando su vecino irrumpió en su casa para advertirle que la marejada ciclónica venía detrás del. Unos narradores describen su desespero ante el viento que los forzaba a suje-

4. Nos complace haber contado en estos cursos con el apoyo de recursos y conferenciantes invitados auspiciados por Voice of Witness.

tar las puertas y a barricar las ventanas con lo que tenían a la mano mientras mapeaban frenéticamente el agua que aún entraba a sus hogares. Otros describen que fueron forzados a movilizarse a refugios pobremente organizados donde los enfermos lloraban sin parar durante la noche y las personas con discapacidad yacían solos.

El periodo pos huracán María está igualmente plagado de precariedad y estas historias ilustran la sobrevivencia durante las semanas y meses después del huracán. El bebé prematuro de Neysha Ortiz Irizarry llega a este mundo en una clínica improvisada sin electricidad. Luis FloresLópez observa cómo la salud de su padre va en picada cada día mientras ellos oran desesperadamente porque la clínica de diálisis abra para que él pueda recibir el único tratamiento que puede salvar su vida. Pasarían semanas antes de que una organización o agencia llegara a chequear a Windy Díaz Díaz dejándola atrapada en su propio hogar con los escombros que bloqueaban la rampa de su silla de ruedas. La madre de Miliana Ivelisse Montañez León es dada de alta del hospital—sin recibir diagnóstico alguno—y muere en su dormitorio.

Mientras las pérdidas inmediatas capturadas en estas historias son evidentes, hay otras fallas continuas que salen a colación durante las consecuencias del huracán María. Este desastre natural fue agudizado por fallas constatadas a nivel gubernamental. Al leer estas historias, aprendemos sobre la perpetua carencia de fondos de la utilidad de energía eléctrica la cual, no pudo atender los retos de un huracán y, causó el apagón más grande en la historia de los Estados Unidos. Una y otra vez nos dicen que FEMA no estuvo a la altura de sus objetivos. Por el contrario, FEMA se apropió de la gasolina y la trasladó a ubicaciones que la agencia determinaba como esencial (dejando sin combustible a los carros y generadores de los ciudadanos), redirigió los envíos de comida a localizaciones que no eran accesibles para las comunidades rurales de los vecindarios urbanos y falló en su deber de proveer refugio a aquellos que perdieron sus hogares.

El presidente Donald Trump visitó Puerto Rico el 3 de octubre sólo para burlarse de los puertorriqueños diciendo que ellos habían “desajustado” el presupuesto Federal y sugerir que comparado con el huracán Katrina, María no había sido “una catástrofe real.” El buque

hospital de la marina de los Estados Unidos *Comfort* con 250 camas llegó a San Juan, pero el proceso burocrático para admitir embarcaciones fue tan complicado que a casi dos semanas de su llegada sólo 33 de esas camas estaban siendo utilizadas. Un contrato de \$300 millones para manejar la restauración del sistema eléctrico fue aprobado sin un proceso de subasta y otorgado a la compañía Whitefish Energy Holdings, una compañía con tan solo dos empleados. El contrato fue revocado y estas acciones retrasaron significativamente la reparación de la red. La organización de suministros fue tan caótica que los almacenes y los productos de primera necesidad aún están siendo descubiertos. El almacén más reciente fue encontrado en enero del 2020: un almacén de 43,000 pies cuadrados abandonado en Ponce.⁵

A pesar de las amplias fallas a nivel gubernamental, vemos en repetidas ocasiones comunidades levantándose para cuidar una de la otra. Fueron las organizaciones de base comunitaria—en su gran mayoría carentes de telecomunicaciones o internet—las que reunieron personas para preparar comidas para la comunidad, cuidar de niños y envejecientes, brindar primeros auxilios y recaudar fondos. Vemos vecinos y hasta extraños a quienes estos pequeños actos de bondad los convirtió en amigos.

En adición a las fallas a nivel gubernamental, la complejidad de la historia colonial de Puerto Rico también ha dado forma a los efectos del huracán María y ha retrasado la recuperación. En el Siglo 21, el congreso de los Estados Unidos permitió la implementación de leyes que estimularon el colapso económico y en el 2016 la ley PROMESA estableció una Junta de Supervisión y Administración Financiera externa para fiscalizar todos los aspectos de gobernación en Puerto Rico relacionados a finanzas.⁶ Las medidas nocivas de austeridad ejecutadas

5. Una investigación sobre las posibles irregularidades en la distribución de artículos de primera necesidad fue referida al Departamento de Justicia. Ver Karma Allen, Joshua Hoyos y Ella Torres, “Puerto Rico Refers Investigation to Emergency Supplies to DOJ,” ABC News, January 21, 2020, <https://abcnews.go.com/US/puerto-rico-distributes-supplies-left-rot-warehouse/story?id=68409678>.

6. PROMESA es la Junta de Control Fiscal establecida por el Presidente Obama.

por esta junta crearon una crisis humanitaria que aún está en curso, aceleraron la migración en masa de Puerto Rico a los Estados Unidos continentales y pusieron en peligro el cuidado médico, la educación y la infraestructura de la isla. Estas son las condiciones de las que ya padecíamos antes de recibir los embates del huracán Irma y, dos semanas más tarde, del huracán María.

En este libro, hemos incorporado testimonios—narrativas cortas enfocadas en un problema en específico que dan fe de eventos particulares—e historias orales más extensas que siguen la fórmula narrativa conocida como historia de vida, una estructura por la cual se destaca *Voice of Witness*. Utilizamos estos espacios para resaltar preocupaciones relacionadas a la incapacidad, la asistencia liderada por la comunidad, la escasez de gasolina, la labor en el sistema eléctrico, las muertes relacionadas al huracán y las fallas dentro del Instituto de Ciencias Forenses: siendo cada uno de éstos un elemento problemático de la etapa pos-huracán presenciada por nuestros narradores y que nosotros creemos son esenciales para entender el huracán María y sus consecuencias. Consecuencias que aún se viven en Puerto Rico.

Cada una de las historias incluidas en esta colección—incluyendo los testimonios cortos—captura hasta cierto grado tres aspectos de la experiencia del huracán en Puerto Rico: sobreviviendo la tormenta, instituyendo la respuesta comunitaria al desastre y los efectos del huracán a largo plazo. Hemos intentado organizar las piezas de esta colección en una secuencia que—al ser leídas juntas—relatan el alcance del desastre y sus efectos como una sola historia del huracán María contada en diversas voces. Nuestra intención es que mientras encuentres cada narrador, surjan conexiones entre sus historias que promuevan el entendimiento sobre las fallas de la respuesta gubernamental durante este desastre a través del archipiélago y a su vez su correlación con la fortaleza de las personas impactadas por estas deficiencias. Finalmente, hemos diseñado este volumen prestando atención a la manera en que las historias se entrelazan y teniendo presente que las voces en las historias son más fuertes juntas.

Estas historias son particulares a los narradores en Puerto Rico. Sin embargo, las perspectivas presentadas en estas historias son de

carácter amplio con implicaciones que trascienden límites geográficos. El trato que Puerto Rico recibió del Gobierno Federal, según descrito en muchas de estas narrativas, está siendo expuesto nuevamente durante la pandemia del COVID-19 donde la administración de Trump se niega a proveer ayuda a ciudadanos americanos. En adición, en Puerto Rico nos encontramos en primera fila ante la emergencia climática y esta crisis es una que compartimos con el mundo entero. Las demostraciones de respuesta comunitaria a desastres plegadas en las historias aquí recopiladas son relevantes a otros espacios alrededor del mundo los cuales se ven igualmente afectados por el cambio climático.

Aunque nos enorgullece poder compartir estas historias de Puerto Rico después del huracán, también reconocemos que esta colección es sólo el principio y no el fin. Aún quedan innumerables historias por ser contadas. Mientras escribo esta introducción, mi silla baila debajo de mí cómo recordatorio latente de que en Puerto Rico estamos en medio de una secuencia sísmica continua que comenzó el 28 de diciembre del 2019. Al día de hoy, ha habido sobre 15,000 temblores con el más grande siendo de una magnitud de 6.4 y con el más reciente ocurriendo mientras estaba a punto de grabar este documento. Es un claro recordatorio de que en este espacio que aún no se ha recuperado de los huracanes del 2017, las personas son nuevamente forzadas a salir de sus hogares, el sistema eléctrico es inestable y vuelve a reaparecer el trauma colectivo. Simultáneamente, se ha declarado un estado de emergencia debido a la sequía y escasez de agua. Estas situaciones también nos llevan a reflexionar sobre lo que significa resguardarse en un hogar durante la pandemia global de 2019 cuando muchas personas no tienen un hogar estable donde protegerse ni el agua necesaria para lavarse las manos.

Resiliencia es una palabra que se ha utilizado comúnmente para describir a la gente de Puerto Rico cuando a las consecuencias del huracán María se refiere. Esta designación es problemática porque obvia la realidad de que la resiliencia nace del abandono continuo del Gobierno Federal durante los casi 125 años que Puerto Rico ha formado parte de los Estados Unidos. Lo que algunos llaman resiliencia no es otra cosa que aquello que ocurre cuando a las personas se les

enseña a no esperar un trato justo de su gobierno, cuando les es preciso entender que deben depender de sí mismos para sobrevivir. Aunque las historias presentadas en este volumen muestran una tenacidad y una generosidad puertorriqueña admirable, es necesario recordar que la ayuda gubernamental no llegaría y esta “resiliencia” es una manifestación de generaciones de abandono. El redefinir este término no anula los logros elogiados de la gente de Puerto Rico; por el contrario, nos lleva a exigirle cuentas a los representantes del gobierno por su ineficiencia. Por lo tanto, el leer las historias recopiladas en este volumen es una manera de apoyar a la gente de Puerto Rico mientras resisten estas fuerzas que intentan subyugarlos a una ciudadanía de segunda clase.

Nuestro título, *Mi María*, resalta la necesidad de arrebatarle la batuta de la discusión pública al gobierno y a los medios de telecomunicación y ponerla en las manos de la gente que experimentó este desastre, acentuando la centralidad de quién cuenta la historia. Creemos que escuchar a estos testigos—el considerar lo que conlleva contar nuestra propia historia—puede inspirar cuestionamientos profundos sobre el trabajo que aún queda por hacer en nuestra nación para garantizar la equidad y la dignidad para todos.

¡Pa'lante!

Ricia Anne Chansky
enero 2021
Rincón, Puerto Rico



ZAIRA ARVELO ALICEA

NACIDA EN: 1984

RESIDENTE DE: AGUADILLA

EDUCADORA

Nos reunimos con Zaira sólo en espacios bulliciosos: en la plaza de Rincón donde los camiones montan y bajan carga a nuestro alrededor; en un local nuevo de desayuno que está siendo anfitrión de una fiesta de cumpleaños con música y aplausos; en una barra de barrio donde se forma un baile en medio de nuestra conversación. En cada reunión, nos preocupa toda esta algarabía—que tal vez sea demasiado ruidoso para nuestra conversación o que puede que la grabación no salga clara—pero siempre cambiamos de parecer y decidimos que tenemos ansias de todos estos sonidos. Tal vez sea la cantidad de tiempo que Zaira y su esposo Juan Carlos pasaron atrapados en su propio hogar mientras esperaban por un rescate luego del huracán o los largos meses desde ese entonces sin recibir asistencia gubernamental desde que su casa fue destruida, pero Zaira nos dice que quiere estar rodeada de toda esta evidencia de vida. Mientras comparte su historia, nos revela diversas fallas en la asistencia federal por desastre, las cuales han causado que ella y Juan Carlos continúen sin un hogar a, ya, más de un año del huracán.

“¡ESTAMOS CON EL PUEBLO!”

No podría hablar de mí sin remontarme a Lares.¹ Nací y me crié en Lares. En verdad nací en Arecibo.² Ya van años que el Hospital de Lares no cuenta con una unidad de parto. Todo se movilizó a Arecibo, un pueblo que queda a unos 45 minutos de Lares en carro. Cuando impera un sentido de urgencia porque viene un ser nuevo a este mundo es difícil, pero ya la gente se acostumbró. Así que en otra época o en otra década hubiese nacido en Lares. Allí nacieron generaciones y de repente un día todos naceríamos en Arecibo.

Las personas conocen a Lares por el movimiento independentista y la revolución del Grito de Lares.³ El pueblo es conocido como el lugar donde en el 1868 se originó la revuelta más grande que Puerto Rico organizó en contra de nuestros opresores españoles. Y aún hoy, es el lugar donde cada 23 de septiembre todos se reúnen para hablar sobre la independencia de Puerto Rico, ideas nacionalistas y otros movimientos políticos en contra del colonialismo y a favor del pueblo.

Si guías por el pueblo un 23 de septiembre es como encontrarte una de esas caravanas que tenemos en la Isla Grande justo antes de un evento de elecciones.⁴ Comienzas a ver el verde en todas partes: el color del partido independentista. Su bandera verde con la cruz blanca ondea en cada esquina. De ahí, comienzas a ver la bandera de Lares: rojo, azul celeste y la estrella blanca en el extremo superior izquierdo. Y

1. Lares es un municipio en la región montañosa central con una población de aproximadamente 24,000 personas.

2. Arecibo está en la costa norte de Puerto Rico a unas 18 millas de Lares. Las carreteras entre ambos municipios son montañosas y la travesía es lenta y traicionera.

3. El Grito de Lares fue un colectivo de terratenientes, trabajadores agrícolas e individuos esclavizados quienes se levantaron en oposición al colonialismo español en Puerto Rico. Para más detalles sobre esta revolución, ver “El Grito de Lares” en el ensayo “Contexts.”

4. Las caravanas son paradas pequeñas donde las personas guían carros por las distintas calles tocando bocina, cantando y gritando. En ocasiones se organizan de forma informal para celebrar graduaciones o bodas; en otras ocasiones, son formales e incluyen oradores con altoparlantes y rutas establecidas.

es evidente “¡okei, llegamos a Lares! ¡Estamos con el pueblo!” Es una multitud única. Y cuando comienzas a subir hacia la plaza, todo el mundo está congregado allí. Y no importa si perteneces a alguno de los partidos pro independencia afiliados o no afiliados, todos están juntos por una misma causa.

Independientemente de cuán caluroso está, alguien siempre agarra el micrófono y rompe a hablar. Y a ti se te olvida el calor, se te olvida el sol, se te olvida la nube densa y cargada de lluvia que se está formando sobre la Cordillera Central, la cadena montañosa. Estás consciente de que va a caer un aguacero y sabes que vas a estar quemá después, pero de todas formas quieres escuchar lo que tienen que decir. Siempre hay discursos sobre el nacionalismo y el movimiento independentista en Puerto Rico—sobre orgullo patrio—que aquí no tiene por qué abordarse como un tabú.

Recuerdo que en segundo grado nos dijeron que cada mañana íbamos a cantar La Borinqueña, que es el himno de Puerto Rico, pero que también cantaríamos la versión revolucionaria: el Himno del Grito de Lares.⁵ Esta versión inédita de la poetisa Lola Rodríguez de Tió fue dirigida al imperialismo español en el 1868 “Ya no queremos déspotas, caiga el tirano ya, . . . Vámonos, borinqueños, vámonos ya, que nos espera ansiosa, ansiosa la libertad. La libertad!”⁶ Desde ese día, esa letra se quedó grabada en mi cerebro. Siempre es el 23 de septiembre en algún rincón de mi mente.

5. Borinqueña y borinqueños son palabras taínas para referirse a la gente de Puerto Rico. Para más detalles sobre las poblaciones indígenas de Puerto Rico, vea “Spanish Colonization” y “Transatlantic Slave Trade” en el ensayo “Contexts.”

6. Rodríguez de Tió (1843–1924) fue una feminista, poeta, pensadora y revolucionaria. Escribió un poema inspirado en El Grito de Lares el cual luego fue combinado con la sinfonía de la famosa “La Borinqueña.” Manuel Fernández Juncos (1846–1928), quien fue miembro fundador del partido autonomista ortodoxo, editó el poema de Rodríguez de Tió en el 1903. Su versión fue adoptada como el himno oficial de Puerto Rico en el 1952 cuando se estableció el Estado Libre Asociado de Puerto Rico.

MI EXPERIENCIA BREVE CON LA LECTURA

Cuando era niña, los vendedores iban casa por casa vendiendo libros y enciclopedias. En ese entonces, si la gente tenía algún libro en su casa, tenían una biblia cristiana y un set de enciclopedia—Británica o Cumbre—nada más. Y si tenías uno de esos sets de enciclopedia, podías estar seguro de que todos los niños del vecindario vendrían a tu casa en la tarde para usarlo. Porque no se podía encontrar información en ningún otro sitio. Era la época antes del internet.

Un día cuando tenía como 8 años nos visitaron los vendedores de las enciclopedias y también trajeron consigo un set de libros de Doctor Seuss. Cuando llegué a casa y vi los libros, ¡me volví local! Recuerdo sentarme a mirar las imágenes porque no podía entender todo lo que leía porque eran en inglés. Pero estaba tan emocionada porque tenía el set completo. Venían en un tipo de cajón plástico color rojo que recogía todos los libros y yo lo podía mirar todos los días cuando llegaba de la escuela. Estaba en el multimueble. En la tablilla al lado del televisor que exhibía los trofeos de pesca de la familia, las figuritas de las quinceañeras y todas esas cosas.⁷ Ahí estaban mis libros. Y lo digo en tiempo pasado porque me fui pa' la escuela unas semanas después y cuando regresé los libros ya no estaban. Cuando le pregunté a mis padres lo que había pasado, me dijeron que el vendedor había regresado y les había explicado que los libros no eran complementarios. No los podíamos pagar así que los devolvimos. Y esa fue mi experiencia breve con la lectura fuera de la escuela.

INGLÉS CON EL CUCO

En la superior, me percaté de que cuando las personas dicen que odian a un maestro o que un maestro es el peor es necesario descubrir quién es ese maestro. A algunos maestros les tenían sobrenombres como “El Cuco.” El Cuco es un personaje heredado de la cultura española que secuestra y devora niños. Me llegaron chismes sobre este maestro de in-

7. Las quinceañeras son celebraciones que honran a una niña que cumple sus 15 años y se celebran normalmente en países latinoamericanos y en familias Latinex.

glés, Mr. Ortiz, a quiénes otros estudiantes le decían “El Cuco.” Y yo dije “Voy a tomar clase con Míster Ortiz.” Supuse que tal vez me enseñaría algo, que de verdad aprendería inglés y yo ya estaba harta de estar aburrida. Mi mamá siempre ha dicho que yo era una niña bien exigente: que siempre me la pasaba hablando mucho, preguntando de todo.

Normalmente los maestros agarran un libro y lo leen en la clase, diciendo “Hoy empezamos con la página 3, mañana continuamos con las páginas 4 a la 7.” No había planificación, diseño instruccional o poder decisional de ningún tipo. El Departamento de Educación o la escuela había comprado este libro de texto y por lo tanto nosotros teníamos que ver cuántas de esas páginas podríamos cubrir. Y los libros de historia siempre eran así: “Venimos de tres razas: la española, la taína y la africana.” Pero si el libro se leía de forma cronológica, nunca llegaríamos a la raíz africana porque esa parte siempre estaba en las últimas páginas. Todos conocíamos de nuestra raíz indígena y de los españoles que anclaron en nuestras costas, pero “Dios libre” que aprendamos algo acerca de los africanos que llegaron después. Y así era todos los años.

Míster Ortiz era otra cosa. Terminé matriculándome con el Cuco por 3 años. Nunca se me olvida que en su clase una vez estaba bien molesta y decepcionada. Un día yo sabía que tendríamos una prueba corta en la clase de Míster Ortiz y yo no tuve break para estudiar. Recuerdo entrar al salón decepcionada, escribir mi nombre en la parte superior del examen, voltearlo y quedarme en mi pupitre sentada de brazos cruzados. El dio una ronda por el salón y me dijo “Zaira, ¿terminaste?” Y yo le salgo con “Sí, terminé.” Así que él voltea el quiz y dice “Tú no hiciste nada, ni siquiera lo intentaste.” Y yo le contesto “Pues no estudié y no sé qué tengo que hacer.”

Fue la primera vez en mi vida que vi a un maestro prendío’. Y eso me hizo sentirme aún peor. Me dijo “Pues lo vas a intentar. Tú eres una estudiante inteligente y lo menos que puedes hacer es intentarlo. ¿No estudiaste? Okey, que eso te sirva de lección para la próxima vez. Pero no intentarlo nunca es una opción.” Esa fue una de las experiencias que me hizo pensar en quién quería ser cuando fuese grande. Gracias a

Míster Ortiz terminé decidiendo que quería ser maestra. O sea que eso se quedó conmigo.

SAN JUAN NO ERA UNA OPCIÓN

Yo nunca quise estudiar en la Universidad de Puerto Rico en Aguadilla, pero mi madre y sus ideales pentecostales me obligaron.⁸ Cuando fue momento de ir a la universidad, yo solicité al programa que me encantaba, el Programa de Educación de la Universidad de Puerto Rico en Río Piedras, San Juan: la ciudad capital. Pero Lares es un pueblo de familias, de generaciones y es el tipo de pueblo donde todo secreto queda al descubierto. Siempre hay alguien observándote. Mucha gente en los pueblos rurales del centro de la Isla Grande se crean estas ideas sobre los riesgos que conlleva el aventurar más allá de la seguridad que brindan los pueblos en el interior de la isla. Se imaginan el área metropolitana como un lugar sobrepoblado, bullicioso, ruidoso donde todos los días matan a alguien. Según ellos, en cada esquina drogan y violan a alguien. Los dos o tres titulares que salen en las noticias cada semana son lo único que se les queda en la mente. Y Río Piedras está ubicado precisamente en esa área.

Por eso, ella estaba a favor de que yo me fuera a Aguadilla porque si estudiaba allí podría guiar a la universidad y regresar todos los días. Era un viaje de al menos 45 minutos hacia el norte de Lares. Aguadilla tenía un programa de educación a nivel elemental y secundario pero su enfoque era tecnología de multimedios y eso a mí no me interesaba. También odiaba el recinto. Es feo. Son un grupo de edificios viejos que solían ser los cuarteles militares de la base aérea de Ramey.⁹ Esa era mi única opción: matricularme en una universidad cuyo programa no era el mejor y cuyos salones odiaba. Y así terminé yendo a Aguadilla.

Mi mamá me apoyaba, sólo quería tenerme cerca. Ella fue la primera persona de su familia en ir a la universidad. Y lo hizo porque su

8. Aguadilla está ubicado en la costa oeste de Puerto Rico a unas 23 millas de Lares guiando por carreteras montañosas y con muchas curvas.

9. La base de la fuerza aérea de Ramey comenzó operaciones en el 1939 y jugó un rol

mamá la hizo ir. Fue precisamente mi abuelaquién le compró a mami su primer libro de enfermería el cual ella conserva hasta el día de hoy. Ese era el tercer libro que había en casa. Mi abuela fue madre soltera porque el padre de sus hijos era alcohólico. Ella hacía almojábanas—frituras de arroz—en una cafetería y al día de hoy las personas aún hablan de sus recetas. Ella ahorró todo lo que pudo para que mami pudiera ir a la universidad y convertirse en enfermera. Mi mamá era su única hija y ella quería que mami fuese algo más, y mi madre quería que yo hiciera lo mismo.

PUEDO SER YO

La universidad fue mi primera experiencia lejos de casa donde no tendría personas observándome. Había dos personas de Lares en ese programa y yo sabía que el otro chico no estaría chismoseando nada de mí. So por la primera vez en mi vida: tendría poder decisional. Podría reflexionar sobre quién me gustaría ser y cómo me gustaría que otros me percibieran. No tenía que ser Arvelo, ni siquiera Zaira, porque en Lares tú eres tu apellido y no tu nombre. Así que si yo decía soy Arvelo, la respuesta siempre era “¿De cuál de los Arvelo? Y de ahí seguirían con quiénes son tus padres, tus abuelos. Todo lo que tuviesen que preguntar para determinar a quién le pertenecías. Las personas siempre podían descifrar de dónde eras. Siempre. Esa fue la primera vez que pude ser yo misma, y yo no sabía quién era. No sabía quién quería ser porque toda la vida me habían dicho quién debía hacer. Cada momento de la experiencia era súper emocionante.

Un día random luego de haber sido admitida a la universidad estaba caminando por el pasillo del Departamento de Inglés y vi una caja rotulada “Free books.” ¡Libros gratis! ¿En Puerto Rico? Moví los libros, la mayoría parecían novelas. Pero ni segura estaba porque sólo había leído una novela en español en la superior ya que nunca te enseñ-

protagónico en la estrategia de defensa hemisférica de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. A principios de los 1980, muchas de las facilidades militares fueron pasadas al dominio público. Para más detalles sobre la milicia en Puerto Rico, vea “Military Bases” en el ensayo “Contexts.”

an a leer libros por placer. En esa caja encontré una copia de “The Awakening,” El Despertar por Kate Chopin. Todavía hoyes mi libro favorito porque cuenta la historia de una fémina que tuvo que escoger entre lanzarse con miedo al mar o quedarse en la orilla con miedo. Ese fue el momento en el que descubrí que un segundo idioma podía cambiarme. Por primera vez había encontrado un personaje que tal vez nunca hubiese encontrado en otro tipo de literatura de Puerto Rico. E inclusive el nombre del personaje principal, Edna Pontellier, fue mi nombre de perfil en línea. Y ese fue el momento en el que supe que quería seguir ampliando mi conocimiento de ese lenguaje y convertirme en maestra porque le podría mostrar a otros que ellos también podían disfrutar de otros mundos. Y no el argumento de siempre de que aprender otro idioma te conseguiría otro trabajo, más dinero, sino que te traería otras experiencias.

Durante mi bachillerato terminé enamorándome de Juan Carlos y él no es cristiano y mucho menos pentecostal. De hecho, él nació y se crió en los Estados Unidos continentales lo cual para muchos significa que es un gringo. Pero si le preguntas a él te dirá que él es puertorriqueño porque sus padres son puertorriqueños. Sin embargo, allá afuera, en Connecticut donde nació, lo hubiesen tratado de “spic.” Este era el chico con quién quería estar, aunque a mis padres no les encajara. La primera vez que papi vio a Juan Carlos, él tenía puestos pantalones Capri, chanclas, tenía un piercing en la lengua y lucía su pelo al natural sin gel no como hacen los boricuas, una t-shirt suelta, y la reacción de papi fue “¿Y ese quién es?” Desde ese entonces, ya llevamos 15 años juntos.

HABÍA AGUA POR TODOS LADOS

Luego de que Zaira completó su maestría en educación en inglés, Juan Carlos y ella se mudaron a Indiana para que Zaira pudiera continuar sus estudios doctorales. Allí, sin embargo, Juan Carlos fue recibido con prejuicios y racismo lo cual no le permitió conseguir trabajo a tiempo completo. No fue hasta que regresaron a Puerto Rico que Juan Carlos logró ejercer en su campo como técnico de ingeniería electrónica. A su regreso, Zaira comenzó a trabajar como facultad por contrato en una

universidad local donde rápidamente le dijeron que las medidas de austeridad que impactaban la educación pública no le permitirían obtener una plaza de trabajo segura. Ella abandonó esa posición y fundó una empresa de consultoría educativa que se especializa en escritura técnica, servicios de traducción y comunicación oral. Su empresa comenzó operaciones en septiembre del 2017 justo antes de que los huracanes Irma y luego María tocaran tierra en Puerto Rico.

Juan Carlos y yo estábamos alquilando una casa en Aguadilla justamente detrás del aeropuerto de la Base Ramey. La noche antes del huracán cociné arroz con habichuelas, chuletas y dije “Bueno vamos a comer.” Me hizo sentir bien como si nos estuviésemos aclimatando para lo quevenía.

Juan Carlos y yo habíamos hecho todo lo que se podía hacer en nuestro alquiler. Yo había preparado mi bulto de emergencia: comida, baterías, radio, medicina que podríamos necesitar. Tenía unas barras de granola. Tenía una botella reusable de 40 onzas y galones de agua. Preparamos todo correctamente. Inclusive establecimos dos habitaciones de emergencia. Pusimos un matre de aire en la habitación con la menor cantidad de ventanas. Asumimos que, si el viento se convertía en un problema, nos podríamos resguardar allí. Y de ceder esas ventanas, dijimos “Corremos al baño donde estaremos seguros.” Algunas de las llaves de las ventanas estaban rotas y teníamos miedo de que las ventanas se abrieran solas durante el huracán por lo que utilizamos un taladro para atornillarlas al marco y cerrarlas permanentemente. Habíamos dejado nuestros carros en otro pueblo en casa de un familiar que tiene un garaje grande porque temíamos por los proyectiles ya que no teníamos un lugar protegido para dejar los carros en casa.

Decidimos quedarnos en la casa alquilada porque era nuestro hogar. Mi familia y Juan Carlos aún tienen roces y este era nuestro espacio. Es una casa en cemento con ventanas Miami—no las de cristal—y nosotros nos encargamos de fijarlas. No hay un océano, río, lago o riesgo aparente cerca de nosotros. Pasamos el día entero chilling en la casa. Estuvimos escuchando la radio hasta que poco a poco, emisora por emisora se fueron muriendo. La banda FM murió

completamente y la única frecuencia que nos llegaba era la AM. Al final, sólo había una estación: Radio Una con Jensen Chaparro. Él decía que no tenía ninguna información porque nada les estaba entrando ni siquiera a través de su antena gigante.

A eso de las 3:00 p.m., me metí a darme una ducha sin complicación alguna, pero entonces cuando descargué el inodoro me percaté que está llenándose bien lento y sonaba como si estuviera haciendo gárgaras. Voy al dormitorio a decirle a Juan Carlos “Hey mi amor parece que se está yendo el agua.” Y él me dice “No vuelvas a tocar el toilet.” No tenía nada que ver con el agua potable, sino que Juan Carlos creía que el pozo séptico ubicado frente a la casa se había inundado. Y, afuera, había agua por todos lados. Por todas partes. Miramos por las ventanas que daban para la terraza y lo que había eran chorros de agua que parecían ríos pasando por el costado de la casa. Nuestro pensar era que lo que veíamos era escorrentía proveniente de distintos lugares. Pero bajaba con tal fuerza que aplastaba el pastizal que tenía más de dos pies de altura. Aunque estábamos rodeados por agua nuestra casa era alta. Nosotros teníamos una base que asemejaba un sótano, pero se encontraba hueco, vacío, abierto. El construir en columnas es bien común en Puerto Rico, particularmente cuando las casas quedan a los costados de las montañas.¹⁰ Así que la casa quedaba levantada y tenía nueve escalones para poder llegar a la puerta del frente. Se podría decir que estaba como unos diez pies por encima del terreno, nunca estuvimos a nivel del piso. Y el agua iba en dirección hacia el pozo séptico. Como el pozo se había llenado, le puse un tapón de goma al lavamanos en el baño. Pensando que, si el agua le daba con subir, se quedaría ahí. Bien tonta yo.

Ya como a las 5:30 de la tarde, el agua comenzó a entrar por la parte de abajo de la puerta del frente. Era septiembre—la luz se había ido hace rato—y cuando empezó a entrar el agua, ya estaba oscuro afuera. Nosotros pensamos que el viento era lo que estaba empujando

10. Las casas en columnas son comunes en Puerto Rico. Este tipo de estructura suele utilizarse en las montañas para acelerar la construcción en áreas con declive y también puede servir como protección contra inundaciones.

el agua hacia dentro de la casa. El huracán parecía una máquina de presión apuntando su pistola a cada ventana. Por eso pensamos que eso era un poco de agua y empezamos a mapear y a poner toallas como barrera debajo de las puertas. Igual que, asumía yo, estarían haciendo otros tres millones de puertorriqueños. Y entonces nos dimos cuenta que lo que estaba entrando era un golpe de agua. Fue en ese entonces que nos percatamos que debía haber unos doce pies de agua frente a la casa porque el agua estaba adentrándose de manera continua sin darnos un solo break. Ya había subido las escaleras, había cruzado nuestra terraza y estaba en la puerta.

No fue hasta que el agua comenzó a entrar por la parte posterior de la casa que nos asustamos. El frente de la casa es más bajo que la parte de atrás. Así que para que el agua entre por la parte de atrás, el agua tendría que estar más alta que nuestra casa. Y nos comenzó a entrar agua por las dos puertas: la de al frente y la de atrás. Mi esposo decidió chequear cómo estaba el baño y yo lo escuchaba maldiciendo. Me gritó “¡Tírame un zapato!” Y me dijo que había cucarachas e insectos nadando en círculos dentro de la ducha. El nivel del agua estaba tan alto que el pozo séptico estaba escapando por la ducha, el inodoro y el lavamanos. Juan Carlos dijo que él nunca había visto los animales que él vio en la ducha, y a mí me alegra no haberlos visto. Caímos en cuenta que se estaban adentrando a la casa por el baño y yo le dije que simplemente lo clausurará. “Cierra la puerta y olvídate de que existe.”

Eso solucionó el problema de los animales, pero teníamos un problema más grande: teníamos una mezcla de agua de lluvia y de aguas negras. Ya en ese momento el agua nos llegaba a los tobillos yapestaba. Yo estaba en la cocina y me detuve al lado de mi mesa de comedor a mirar hacia la sala. Y podía sentir como el agua subía. Me había puesto mis botas de goma y por eso no sentía el agua en contacto directo con mi piel, pero Juan Carlos estaba bajando los santos maldiciendo. Él le tiene fobia a los gérmenes y andaba en chanclas de playa. Así que tenía aguas negras en todas partes: sus dedos de los pies, sus piernas. Yo me mantuve ahí con mis manos fijas en la mesa. Me hablé en tercera persona y dije “Zaira, este momento amerita que te mantengas tranquila

y que pienses de manera lógica porque puede que esta noche tengas que tomar decisiones fuertes y si no estás calmada corres el riesgo de hacer algo irresponsable.” Y entonces dije “Déjame agarrar la mochila de emergencia para que no se moje.”

Ya en ese entonces el agua estaba entrando en mis botas, ya estaba en la parte superior de mis pantorrillas. Antes de que el agua subiera a ese nivel, había movido el catre de aire que estaba en mi oficina donde se suponía que era el dormitorio de emergencia. El segundo cuarto de emergencia, el baño ya estaba clausurado y lleno de alcantarillado y animales. Moví el catre hasta la sala haciéndolo flotar sobre el agua. Era un catre tamaño queen de esos que son bien, bien altos como un pie y medio. Un familiar nos lo había regalado porque tenía un escape, pero nosotros lo habíamos sellado. Y este catre de segunda mano con un parcho nos sirvió como balsa.

Inicialmente sólo estábamos sobrellevando el huracán. Yo tenía meriendas, mi esposo había subido toallas y almohadas. Nosotros pensábamos que, habiendo tantas cuerdas de terreno frente a la casa y hacia nuestro lado izquierdo, el agua alcanzaría una altura donde eventualmente se desplazaría en otra dirección. En ese momento, aún no entendíamos que nuestras vidas corrían peligro. Ese hecho no nos cruzó la mente hasta que nos dimos cuenta que el catre seguía subiendo y subiendo con el agua sucia y pestilente. Yo tengo un flashlight que brilla en distintos intervalos y un silbato de emergencia que la compañía le regaló a mi esposo. Y me bajé del catre, con el agua hasta los muslos, comencé a hacer señales hacia la casa a nuestra izquierda porque había visto a las vecinas durante el ojo del huracán. Y pienso que tal vez aún están ahí. Su casa tiene un segundo piso que es más alto que nuestra casa, y pensamos que quizá podríamos cruzar el terreno nadando y llegar a su casa.

Estaba tan oscuro dentro de la casa. No tenía ni la más mínima idea de lo que estaba a mi alrededor. Creo que la sensación que más miedo me dio fue cuando el terrazo se comenzó a levantar. Venía tanta agua desde abajo que el terrazo se soltaba y se despegaba del piso. Y mientras camino hacia la puerta para hacerle señales a mis vecinos pienso que el pie se me puede ir por un boquete en el cemento y que

me puedo cortar mientras tengo las piernas sumergidas en esta agua negra. Prendo mi linterna, nada. Sopló el silbato, nada. Eran mis pulmones versus el huracán. Y ese fue el momento donde entendí que nadie nos escucharía. Entendimos que estábamos completamente solos. Nadie, en ninguna parte, nos iba a escuchar. Y no había señal decelular. Cada hora prendíamos nuestros teléfonos y chequeábamos a ver si nos entraba una barrita para enviar un texto, para marcar 911, lo que fuese. La última vez que miré por la ventana con el flash light, lo único que veía en ambas direcciones era agua como el que ve el horizonte en la playa.

En ese punto nos dijimos “No vamos a comer ni a beber nada más,” porque no queríamos ir al baño sobre el mate. Claro está que aun así tuvimos que orinar varias veces porque fueron un montón de horas. Y entre el agua del pozo séptico, el agua pestilente de animales muertos que traía la inundación y nuestro propio orín en el agua no había casi aire dentro de la casa. Y desde ese momento en adelante, simplemente yacimos allí, sin decirnos una palabra, sin querer aspirar el aire. Ahí fue que nos dimos cuenta que podíamos morir.

ESTOY TAN EXHAUSTA

Cada hora mirábamos el teléfono, verificábamos si había señal, lo apagábamos. Espera una hora más, chequea, apágalo. Recuerdo que como a las 11:00 p.m. estando allá arriba viendo mi casa desde este ángulo sobre el agua, desde el tope, desde el techo me decía a mí misma “Ya pronto será mañana y todo mejorará.” Y entonces llegó la medianoche y pensé “Ya es mañana. Esto casise acaba.” Pero lo único que podíamos escuchar era el blup, blup, blup del agua. No había aire, no había nada.

Finalmente, Juan Carlos dice “¿Qué es eso? Hay una luz afuera.” Y nos dimos cuenta que el flashlight no estaba afuera, sino que lo que veíamos era el reflejo de un flashlight a la distancia que resplandecía a través del agua. Y él había visto ese resplandor a través de los cristales de colores que están sobre la puerta del frente. Con el flashlight en mano, me acerqué lo más que pude a los cristales y repetí los mismos

intervalos que la otra persona estaba haciendo para que ellos se dieran cuenta que la luz le pertenecía a otro ser humano y que no era meramente una luz parpadeando. Entendimos que en algún lugar había otra persona, pero no podíamos verlos.

Pensábamos si sería viable tratar de salir por la puerta del frente, pero afuera debía haber entre 14 y 16 pies de agua y nos preocupaba quedarnos enredados en una verja de ciclón, en las líneas eléctricas caídas o un cordel de ropa. Teníamos miedo de separarnos. Sabíamos que las linternas se apagarían en el agua y que entre la lluvia y el viento no podríamos escucharnos el uno al otro. Para ese entonces, entre nosotros y el techo sólo había unas 14 pulgadas—no nos podíamos sentar—y el agua estaba tan alta que si nos bajábamos del matre no nos podríamos subir nuevamente. Era imposible. No teníamos nada en que pararnos y la única opción sería colgar de la esquina del matre. Quedarnos sujetos de la esquina del matre no era parte de nuestro plan. Nos habríamos ahogado en aguas negras. Así que, si intentábamos salir y eso no funcionaba, ese sería nuestro fin.

Estábamos tan cansados. Llevábamos tanto tiempo acostados, girando y volteando, y ya en ese momento nos dolía todo. Tratábamos de no hacer movimientos bruscos porque teníamos miedo que el matre se volteara. Nos preocupaba la posibilidad de que el matre tocara el tubo o las argollas de metal de las cortinas, ¿Y si se vaciaba? ¿Y si una de todas estas cosas que flotaban a nuestro alrededor lo perforaba? Y así nos mantuvimos por 6 horas más. Nadie nos vio. Nadie vino.

Cuando el sol salió y finalmente se calmó afuera—tal vez como a las 6 de la mañana—rompí uno de esos cristallitos que estaban encima de la puerta y miré afuera, no había más que agua. Era agua y más agua. Para poder mirar por la ventana, debía presionar mi cabeza firmemente sobre el matre como si lo estuviera desinflando para poder mirar de lado. Estábamos así de cerca del techo. Y tengo un dedo sujetándonos al gancho de la cortina para que el matre no se desplace sobre el agua. Ahí comienzo a soplar el silbato otra vez. Y recuerdo que desde ese ángulo de visión tan extraño fue donde finalmente pude ver gente pequeñita al otro lado del agua y yo acá empiezo a pensar “Nos van a escuchar.” Y soplo, y silbo. Veo a dos adolescentes mirar y señalar en

nuestra dirección y no sucede nada. Estamos en ese son como hasta las 10 de la mañana. Ya a ese punto estoy tan exhausta que me quedo dormida. No sé cuánto tiempo pasó, pero Juan Carlos me despierta y me dice “Escucho algo.” Así que yo vuelvo a jalar el matre con mi mano y a sujetarme de los ganchos de la cortina para poder mirar por el cristal roto. Sobre mí puedo ver algo que parece la parte de abajo de un kayak, veo plástico amarillo y rojo. Y en eso oigo una voz que me pregunta “¿Están bien?” Afuera hay dos varones jóvenes rescatándonos.

La puerta de al frente es de madera y debió ensancharse con el agua. Así que decidimos que mi esposo jalaría mientras uno de los jóvenes la empujaba. Pero para hacerlo, Juan Carlos tiene que bajarse del matre con cuidado—para evitar que se voltee y para evitar darle con la cabeza al techo porque está bien apretao’y así caer dentro de esa agua fría y pestilente. Y tan pronto cae en el agua él rompe a temblar y a respirar de forma errática a tal punto que el chico que está fueralo puede escuchar y piensa que Juan Carlos está paniqueando. Tenemos que gritar a través de esecristalito para poder comunicarnos, y yo le dejo saber que Juan Carlos está bien, que él sabe nadar, pero es que el agua está bien fría y de por sí ya nosotros tenemos frío porque estuvimos mojados toda la noche. Hay una humedad increíble y el aire dentro de la casa se siente tan pesado. Se respira algo en el aire. Estamos tan hastiados de ese olor. Es como si se nos hubiese impregnado, como si no hubiese suficiente agua en el mundo para removerlo. Juan Carlos suelta el matre, coge aire y se sumerge en el agua sucia.

El chico del kayak también se sumerge y comienza a patear la puerta desde afuera, pero esta apenas se mueve. Sale a coger aire. Se hunde y patea, sale para coger aire una y otra vez hasta que logra una apertura lo suficientemente grande para que Juan Carlos pueda jalar con sus manos. A ambos lados de la puerta, patean y empujan, salen a tomar aire y se hunden otra vez mientras intentan no abrir los ojos en esa agua sucia.

Cuando finalmente abren la puerta, yo agarro mi bulto con todos nuestros documentos importantes y se lo paso al chico del kayak. Me deslizo del matre cayendo en el agua y me impulso hacia el marco de la

puerta. Con mis manos y piernas abiertas firmemente para sujetarme del marco de la puerta, evité sumergir la cabeza en el agua. Con apenas dos o tres brazadas atraveso nuestro balcón y alcanzó al kayak. Me sujeto a unos alambres en la parte de atrás del kayak y dejó que me arrastre mientras trato de mantener mis piernas flotando detrás de mí. Había tantas cosas en el agua. Árboles arrancados de raíz—de guayaba, de limón— alambre de púa, líneas eléctricas, verjas. ¡Lagartijos! Varios lagartijos intentaron coger pon conmigo. Recuerdo bajar la cabeza para evitar unas líneas eléctricas. Así de alta estaba el agua. Estaba desorientada totalmente, no tenía ni idea de dónde estaba. Mientras el chico remaba, el kayak pasaba sobre casas que estaban completamente bajo agua y yo las miraba desde arriba.

ESAS CHICAS FUERON TAN VALIENTE

Luego descubrí que fueron dos jovencitas de entre 12 y 13 años quienes residen en un terreno aledaño al caserío las que siguieron insistiendo que había personas debajo del agua. Cuando tocamos tierra, ellas decían “Yo te dije que había alguien.” Nos abrazaron y empezó a llover de nuevo. La multitud comenzó a correr para taparse de la lluvia, pero yo la recibí con brazos abiertos porque estuve en esas aguas negras por 16 horas y sabía que no tendría un chance pararme una ducha y mucho menos agua potable. Las chicas se quedaron bajo la lluvia abrazándonos.

Ellas fueron tan valientes. Tal vez si hubiesen sido otro tipo de adolescente alguien les hubiese hecho caso antes. Pero ellas eran chicas que habían crecido en el área de un residencial. Tenían cortos que eran muy cortos y t-shirts que eran muy ajustadas bajo ciertos estándares. No estaban arregladas y hablaban un tipo de español que muchos describirían como calle. Así que los policías y los bomberos las ignoraron. Todo el mundo las ignoró por horas hasta que estos dos jóvenes con los kayaks—cuya identidad aún desconozco—decidieron indagar. Cuando por fin era seguro salir afuera, ellas fueron las únicas que nos escucharon. Y siguieron diciéndole a todo el mundo hasta que alguien las escuchó. Esas jovencitas nos salvaron.

LAS PRIMERAS SEMANAS

Después del huracán, comencé a llenar toda la documentación de FEMA. Aprendí luego, por medio de alguien que ha trabajado solicitudes de desastre por muchos años, que la llenamos mal. Pero al ver preguntas como “¿necesitan ropa?” y “¿necesitan comida?” pensé bueno yo hambre no tengo ahora mismo y tengo ropa puesta, aunque si lo perdí todo. Así que no marcamos el ítem de que necesitábamos las cosas porque no estaba segura de lo que la pregunta significaba. Y claro ahora sabemos que esa fue la razón por la que no nos llegaron los \$500 de fondos de emergencia de FEMA. Esa fue una de las quejas más grandes que tuvimos sobre FEMA: no había un protocolo establecido para determinar las necesidades de las personas. Eran los sobrevivientes quienes tenían que reportarlo. Luego aprendí que las personas que verdaderamente estaban en necesidad pudieron haber recibido miles de dólares y que estos \$500 nos pudieron haber ayudado en ese momento.

Más o menos un mes después, finalmente nos llegó la comunicación de FEMA. Nos iban a dar \$700 para que pudiéramos encontrar un lugar donde quedarnos, o también podíamos quedarnos de forma gratuita en uno de los lugares que ellos ya tenían preaprobados. Sólo teníamos que llamar al número de teléfono. Así que cuando podía encontrar señal, llamaba al número—después de María la señal era escasa e inestable—y ellos te ponían en espera y cuando finalmente te atendía un representante la llamada se caía. Ellos no te devolvían la llamada. Era totalmente un desastre.

Cuando finalmente logré comunicarme, la dama que me atiende me dice “Tengo una ubicación aprobada en V-I-E-Q-U-” Y yo la interrumpo y le digo “Perdóname, ¿tú vas a enviarme a Vieques?”¹¹ Y ella me responde “Ohh, ¿así es como se pronuncia?” Y yo como que “El problema aquí no es como se pronuncia, es que es otra isla. No est-

11. Vieques es una isla municipio ubicada a las afueras de la costa este de Puerto Rico. Para llegar a la isla, hay que utilizar un ferry o un avión, y ninguno de estos dos métodos de viaje estaba operando después del huracán. Además, la travesía en auto desde Aguadilla al área del ferry toma unas tres horas si las carreteras están abiertas y es posible conducir en ellas.

amos hablando de la Isla Grande, es otra isla. Es como yo decirle a alguien que está en California que vaya a Hawaïi a buscar ayuda.” Y ella me responde “Pues eso es lo único que tenemos además de otras localizaciones en las Islas Vírgenes.” Y yo le digo “¿Y cómo se supone que yo viaje a las Islas Vírgenes?” Así que sacamos de nuestros ahorros y hemos estado viviendo en un Airbnb desde ese entonces. Pagando de nuestro bolsillo. La noción de que FEMA ayudó a Puerto Rico es una mentira. Ellos no estaban organizados y no estaban aquí para cubrir las necesidades de las personas que verdaderamente lo necesitaban. ¿Que si algunos se beneficiaron? Asumo que sí. Supongo que cuando pierdes tu casa, tener un techo sobre tu cabeza o una cama donde dormir debe haber sido chulo para los que pudieron recibir la ayuda. Y, pues, así fue FEMA en esas primeras semanas.

REGRESÉ ALLÍ

Volví a nuestra casa por primera vez en 7 meses. Una de mis vecinas que vive dos casas más abajo—Marí la que vende Avon—había comenzado a comunicarse con todas las personas del vecindario que habían sufrido pérdidas durante el huracán María. Ella descubrió que 22 familias fueron afectadas por la inundación incluyendo la nuestra. Así que ella llamó a distintas agencias que de una forma u otra están relacionadas a los fondos de desastre que supuestamente están designados para ayudar a las personas a mitigar o evitar futuros desastres. Y ella los citó a una reunión comunitaria para ver qué se puede hacer por estas comunidades. Ella me llamó y me dijo “Zaira tú sabes que tú no estás obligá” porque yo alquilaba y no era una residente permanente de esa comunidad. Pero yo me acordé de esas jóvenes que nos salvaron y dije “Sí, yo bajo.”

En nuestro caso en particular, la evidencia sugiere que parte significativa de la inundación en nuestra comunidad está relacionada con actividades que han ocurrido en Ramey, en la antigua base militar. Por eso, hay que citar agencias del Gobierno Federal que se comunican únicamente en inglés. Y yo soy de las pocas que hablan inglés en la comunidad. Para aquellas comunidades que no tienen un miembro con

dominio del inglés y educación postsecundaria: silencio. Allí no sucede nada.

Pensaba que estaba lista para regresar. Creía que no me afectaría en nada. Pero cuando bajaba por nuestro camino vecinal, no pude evitar voltear la cara para mirar nuestra casa, aunque mi plan era pasar derecho. Tres años de mi vida se desarrollaron allí. Y la observo pensando “Ese era mi hogar. Solía sentirse seguro y acogedor.” Y como una ola que te toma desprevenida, me percaté que aunque estoy dentro de mi carro con el aire acondicionado prendido y los cristales subidos puedo percibir el olor de cuando estuvimos atrapados en la inundación. ¡Fue algo horripilante! Como si jamás me lo pudiese sacar de encima. No sé cómo describirlo, pero tengo esta sensación en mi pecho. Lo único que puedo hacer es presionar el pedal de la gasolina y seguirla marcha.

Al pasar de los años, nos hemos mantenido en contacto con Zaira y siempre conectamos en cada aniversario del huracán, luego de algunos de los terremotos más significativos y en particular después de las inundaciones torrenciales que trajo la tormenta tropical Isaías. En cada desastre, chequeamos cómo se encuentran ella y Juan Carlos. En el tercer aniversario del huracán María, nos texteamos por un buen tiempo bochincheando sobre nuestras vidas y hablando de los cambios que han ocurrido en la suya desde que sobrevivió el fenómeno atmosférico. Aunque su negocio online la mantiene ocupada, Zaira y Juan Carlos se han mudado a las montañas de Lares y viven con su familia para aborrar en renta. Juan Carlos aún trabaja en Aguadilla, pero ambos están preocupados por la estabilidad de su trabajo. Por ahora, sin embargo, disfrutan los huevos frescos que le dejan sus gallinas, recogen baldes llenos de parcha y dan paseos largos en el Lago Guajataca. “Todos estamos saludables” nos dice. “Y en este momento eso es lo que más importa.”

Pienso que nuestros cuerpos tienen memoria. La tercera semana de septiembre siempre será pésima para aquellos que sobrevivimos a María. Nuestro reloj interno lo sentirá siempre.

Esa experiencia me cambió. Y cuando la tormenta Isaías pasó por Mayagüez lo único que podía pensar era en cómo se siente volver a un

lugar que solías llamar casa y no reconocerlo.¹² El tener que decirte a ti misma “Dale que tú puedes con esto.” Sacudir los hombros y entrar al que solía ser tu hogar para ver qué se puede salvar mientras tu mente tiene un filtro imaginario de cómo solía ser todo sobrepuesto sobre la destrucción.

Así ha sido desde María. Cuando comenzó la secuencia sísmica, preparé carteras de belleza para las refugiadas.¹³ Cogí un grupo de carteras viejas y las llené con las cosas que yo recuerdo no haber tenido después del huracán: jabón, desodorante, humectante, cositas para aguantar el pelo como una hebilla o una gomita. Y agarré unas medicinas también como las de catarro, alergia, dolor de cabeza. Recuerdo muy bien lo que es no tener nada.

12. La tormenta tropical Isaiás tocó tierra en Puerto Rico el 30 de julio de 2020 causando inundaciones, deslizamientos, apagones, millones de dólares en daños y al menos 5 muertes.

13. El 28 de diciembre de 2019 comenzó una secuencia sísmica activa en Puerto Rico. Han ocurrido miles de terremotos desde ese entonces, con el más significativo siendo de 6.4. Para más detalles sobre los temblores, vea “Earthquake Swarm” en el ensayo “Contexts.”